

Carpe diem, baby

Belén Guiomar



www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#carpediembaby

Colección: Tombooktu Erótica
www.erotica.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Carpe diem, baby*
Autor: © Belén Guiomar

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-48-2
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-662-3
ISBN Digital: 978-84-9967-663-0
Fecha de publicación: Mayo 2014

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-21.732-2014

A todas las mujeres libres, y a las que luchan por serlo.

Aviso a navegantes: todos los personajes y situaciones de este libro son pura ficción. Cualquier parecido con la realidad será una feliz, o desgraciada, coincidencia.

Índice



Capítulo 1	
Sara y las reuniones internacionales de trabajo	13
Capítulo 2	
Eva y los bailes latinos	39
Capítulo 3	
Sara y de cómo un clavo saca otro clavo	59
Capítulo 4	
Eva y la vida en la agencia	67
Capítulo 5	
Sara y la extraña aventura cubana	77
Capítulo 6	
Eva y el amor... por el arte	109
Capítulo 7	
Sara se pone en forma	131
Capítulo 8	
Eva y el amor por internet	153
Capítulo 9	
Eva y Sara, de un viaje a México	169

1

Sara y las reuniones internacionales de trabajo



Todos los objetivos laborales que se planteaba Sara cuando era pequeña y se imaginaba su futuro incluían, inconscientemente, aventuras en lugares remotos. Primero quiso ser azafata de vuelo, pero tuvo que aceptar que se mareaba hasta en los caballitos y la visión de sí misma tirada en la cama de cualquier hotel del mundo con la cara verde, fruto de variadas turbulencias, no tenía ni pizca del glamour soñado.

Luego se decantó por ser monja misionera. Abandonó la idea hacia los trece años, no sólo porque había sufrido una profunda crisis religiosa, sino porque fue ya plenamente consciente de que su interés por los nativos africanos iba enfocado en una dirección bastante opuesta a la que se esperarían de ella. Las carpetas forradas con fotografías de watusis ligeros de ropa (y algún león por ahí suelto, para disimular), no tenían nada de espiritual. No quería ser expulsada de la congregación nada más llegar.

El tercer objetivo fue el que acabó tomando forma material. Ser abogada en una empresa multinacional se abrió paso en su cabeza porque conjugaba los requisitos de trabajo serio que tanto gusta a los padres que financian el capricho y la posibilidad de que el contacto con el extranjero, el extranjero que fuera, tuviese lugar.

Y precisamente, lo mejor de trabajar para una empresa danesa, una de esas que ganan dinero a espaldas en cualquier

época del año era que, menos para pagar sueldos decentes, el dinero manaba hacia los empleados cual torrente en forma de cursos varios, masajes relajantes y viajes.

Para cualquier nimiedad que pudiera resolverse fácilmente por teléfono se montaba una reunión en algún lugar de Europa sin que a la compañía le temblase el pulso a la hora de firmar gastos.

Descubrió que un gran invento eran los grupos de trabajo. Se creaban por los proyectos más variopintos y siempre se componían de varias personas, cada una de un país, como en los chistes. «Iban un japonés, un italiano y un español...». Y luego estaban las reuniones anuales de departamento, en las que los pueblos se hermanaban por una vez y se juntaban todos para concluir que al final todos tenían los mismos problemas, vinieran de donde vinieran.

Fue en una de esas reuniones anuales donde conoció a Jens. Asistían al menos ciento veinte personas, todos identificados con una tarjeta prendida que debían portar de forma siempre visible. Y no sólo había abogados representantes de sus países sino también algún miembro de las altas esferas de la casa matriz de la compañía, que exponían temas de interés común a lo largo de las jornadas. Era el primer día de la reunión en Copenhague, y Sara se había hecho amiga durante el desayuno de la representante de Estados Unidos. Charlaban animadamente, de pie, alrededor de una mesa, mientras tomaban el tercer café de la mañana, cuando se les unió otra persona.

Era un hombre alto, que se presentó señalando con el dedo la tarjeta que todos tenían que llevar, con su nombre y su bandera, Alemania, que lucía en la solapa de su chaqueta. Sara hizo lo mismo, sin recordar que se había quitado la chaqueta con la tarjeta un rato antes, por lo que alegremente pronunció su nombre señalándose un pecho.

—Ah, ya veo... ¡pues encantado de conocerte, entonces!

Sara se moría de vergüenza, pero enseguida se le pasó. Tenía una risa de lo más contagiosa. Era un tipo muy simpático. Llamaron desde la sala de reunión y Sara se dispuso a acompañar a la chica norteamericana, buscando su sitio. Jens la seguía.

—¿Dónde vas? —le dijo Sara, divertida, al ver que no se le separaba ni un instante.

—Contigo. Donde vayas tú —dijo Jens.

Sara le miró. Aunque habían hablado unos minutos antes, realmente era la primera vez que se fijaba en su cara. Era un hombre mayor que ella, con el pelo rubio ya con canas, y unos risueños ojos grises que la miraban con algo parecido al cariño. Le gustó mucho, sintió que le conocía desde hacía tiempo. Así, de repente. Y notó que a él le había pasado igual.

Como Sara suponía, no estaban sentados en los mismos sitios. A él le llamaron para que ocupara su sitio delante, entre los gerifaltes y prebostes de la empresa y ella se sentó detrás, justo en su misma fila de sillas. Durante las más de dos horas que duró la primera conferencia, se divirtió observando cómo él se volvía constantemente, a izquierda y derecha, para buscarla con la mirada. Ella sin embargo tenía un perfecto enfoque de su nuca, y de su pelo, abundante y cortado a cepillo. Pensó que le gustaría tocarlo, pasar la mano a contrapelo. El tiempo se le pasó velozmente.

Él no paró de cortejarla durante los días siguientes, Sara se sentía deseada, y esa certeza le encantaba y le excitaba, sobre todo cuando le sorprendía mirándola fijamente los pechos o la cadera, sin ningún disimulo.

Jens, por supuesto, estaba casado. Llevaba el anillo tan clavado en el dedo que se notaba que jamás se había movido de ahí, desde el día de su boda. Él le decía que era el mejor símbolo de su matrimonio, el de su esclavitud. Sara estaba soltera, por lo que los comentarios del resto de sus compañeros le traían sin cuidado, pero no podía entender que a él no le importase que todo el mundo viese cómo buscaba su compañía, en las salas de reuniones, durante las comidas y las cenas, incluso si ello suponía levantarse de donde estuviera y dejar a su acompañante en ese momento con la palabra en la boca sólo para aprovechar un asiento al lado de ella. Le halagaba que aquel hombre tan guapo, cuya presencia todo el mundo buscaba, no tuviese ojos más que para ella. Su devoción la conmovía y no podía dejar de pensar en él. Intentaba disimular como podía, pero pensaba que ese síndrome de «tensión sexual no resuelta» que

ambos padecían a todas horas debía de ser tan evidente que pronto todo el mundo se habría dado cuenta.

El hotel tenía una piscina cubierta y Sara acudió a darse un baño durante uno de los descansos en el último día. Le contó a Jens sus planes y mientras se bañaba le vio llegar, junto a otros dos colegas. Bromearon en el agua, él no dejaba de mirarla y ella admiraba su cuerpo atlético, no musculado pero fibroso, y su pelo mojado. Le gustaba mucho. Al salir cada grupo, femenino y masculino, se dirigió hacia los vestuarios, que daban directamente a la piscina, y que no tenían puerta. Sara no pudo evitar la tentación. Una cuerda invisible tiró de ella otra vez hacia fuera.

Con la excusa de coger una nueva toalla de las que estaban colocadas en la piscina, disimuladamente, aprovechó que estaba sola para mirar hacia el interior del vestuario masculino. A unos metros, Jens se duchaba de espaldas a ella. A Sara le gustaban los culos de los hombres, cuando eran duros y bien formados, y el suyo lo era. Se puso de perfil mientras se enjabonaba el pecho y Sara comprobó que su pene era muy largo, blanco y hermoso. Cuando él se lo sujetó con una mano para lavarlo con el gel, Sara tuvo que irse. En otra situación, en otro planeta, o en otra vida menos tradicional, hubiera entrado de golpe y se habría metido aquel pene maravilloso en la boca, y luego le hubiera poseído contra el suelo, hasta quedar saciada. Se contentó con irse rápidamente, antes de que alguien, o él mismo, la viera y llamase a la policía.

Esa noche Jens le dijo que tenía un regalo para ella. Le pidió por favor que le dejase dárselo, en su habitación, donde no les viera nadie. Sara dudó unos instantes. No quería ni imaginar la ola de cotilleos que levantaría si le vieran rondar por la puerta de su habitación de noche. El resto de sus compañeros compartían hotel, distribuidos por jerarquías por supuesto, por lo que nadie entendería qué hacía él en una planta que no le correspondía. Al tercer «por favor, sólo quiero darte un regalo, me iré enseguida, confía en mí», Sara cedió.

Se lo dijo en un susurro, tras sentarse como siempre a su lado en el autobús que les llevaba a todos de vuelta al hotel

tras una cena fuera, cortesía de la empresa. Se quedaron callados y en ese momento apagaron las luces del vehículo. A Sara se le puso un nudo en la garganta, por su proximidad en aquel lugar oscuro. No era un silencio incómodo, todo lo contrario. Sara sentía que ambos se habían metido en una campana de cristal, y que todas sus ondas de energía rebotaban ruidosas contra las paredes para volver a ellos, y envolverles en una densidad sensual y privada. Se escuchaba alguna conversación en voz queda pero casi todo el mundo descansaba o le decía adiós mentalmente a Copenhague iluminado desde sus ventanas. Con suavidad, como en un descuido, Jens le tocó el muslo con un dedo.

—Perdón —dijo.

Sara sintió una descarga tan fuerte con su contacto que se quedó paralizada. Un escalofrío de placer había subido por su muslo y se había metido por sus bragas, como una carrera de hormigas alocadas. Quizás era el recuerdo de su cuerpo mojado y desnudo. Ni siquiera si la hubiera penetrado de golpe en ese mismo momento le hubiera provocado un placer mayor.

—No me ha molestado, —acertó a decir.

Y le miró las manos, porque no podía mirarle a los ojos. Estaba segura de que le delatarían, y que se leería en ellos el estado de deseo en que la había colocado.

Él volvió a acariciarla en el mismo punto con la yema de un dedo, suavemente, luego con dos, subiendo y bajando por su pantalón vaquero, como si quisiera arañarla, hasta que colocó en su pierna toda su mano abierta, grande y caliente, en un gesto de intimidad y posesión que la volvió loca.

—Hoy he vuelto atrás en la piscina —le susurró Sara.

Él la escuchaba.

—Te he visto ducharte —Siguió.

La miró un segundo.

—¿Y... te ha gustado lo que has visto?

—Sí.

Al llegar, hubo gente que decidió quedarse a tomar una cerveza en el bar del hotel, para celebrar el fin de la reunión. Sara aprovechó para unirse al grupo de los que decían estar

ya cansadísimos y que se iban a dormir. Cuando entró en su habitación no sabía qué hacer. No sabía cuándo iba a aparecer Jens, y dio varias vueltas, con las luces casi apagadas. Dejó encendida una pequeña lámpara sobre su mesilla. En ese momento sonó un mensaje en el móvil, que sólo decía: «Abre la puerta».

Muy excitada la abrió sólo unos centímetros y se apartó. Cinco segundos después, Jens entró, sin un ruido, y cerró con cuidado detrás de él. Estaban solos por primera vez, en silencio, en el pequeño recibidor. Jens se sacó un paquete que llevaba oculto debajo del jersey y se lo puso en las manos. Era una cajita de chocolates belgas.

—Al menos, mientras te los comas sé que te acordarás de mí —dijo en voz muy baja y temblorosa.

Sorprendida, Sara fue consciente de que él estaba muchísimo más nervioso que ella. Que el hombre triunfador y seguro de sí mismo, fanfarrón y líder, se debía de haber quedado fuera, como un abrigo colgado en un perchero, y en su lugar quedaba un muchacho tímido y tembloroso que aunque pareciese increíble... no sabía qué hacer.

Sara le dio las gracias con los bombones todavía en su mano derecha, y se puso de puntillas para darle un beso de agradecimiento en la mejilla. Jens estaba apoyado en la pared y bajó la cabeza para recibir el beso. Ambos mantenían la cara de frente, por lo que ella depositó sus labios, no sobre los de él, sino muy cerquita, casi en la comisura; un beso que prolongó unos segundos y que, para no perder el equilibrio, la obligaba coquetamente a apoyar de manera sutil su pecho contra el de él, después su pubis contra el de él, hasta que Jens la sujetó con los brazos alrededor de su cadera y la apretó contra el bulto durísimo de sus pantalones y contra su cuerpo entero.

Sara no había bebido alcohol, pero se sentía como borracha. Sabía que no estaba bien, que no era correcto, pero no podía despegarse de él.

La besaba torpemente, casi sin abrir los labios, y ella fue consciente de su inexperiencia. Estaba muy sorprendida.

—¿Así besáis los españoles. Me gusta mucho.

La miró a los ojos. En ellos había deseo, pero era un deseo tímido, un deseo tintado de súplica. El de un niño que no se atreve a pedir un caramelo por si le regaña su padre y clava la mirada esperando a que el otro le lea la mente.

Señaló la cama con la cabeza mientras le acariciaba la cara, y Sara asintió.

Jens se quitó el jersey y empezó a desabrocharse la camisa, mientras ella le ayudaba. Se tumbaron en la cama besándose despacio. Sara se dio cuenta de que era mejor no avasallarle y dejarle hacer. Le permitió que la desnudara. Se tumbó con la espalda en el colchón y abrió las piernas. Él la tocaba con cuidado, como si fuera una porcelana que pudiera romperse. La miraba, acariciaba su largo cabello castaño y seguía con la yema de un dedo el contorno de sus profundos y enormes ojos oscuros. Su rostro seguía concentrado, no había cambiado su expresión de niño. Como ella esperaba, él se limitó a tumbarse sobre ella, a penetrarla despacio, lentamente, y Sara supo que esa era la forma en la que le hacía el amor a su mujer. Comenzó a moverse dentro de ella, hasta que en un instante se corrió, sin un ruido. Permanecieron en silencio unos segundos, abrazados, y él murmuró un «lo siento».

—¿Qué estamos haciendo? —dijo Sara.

De repente era consciente de su extraña situación, con uno de los altos directivos de la empresa dentro de sus entrañas, tumbado desnudo sobre ella.

—No lo sé —suspiró él—: Perdóname. Hace mucho tiempo que no hago el amor. Meses. Nunca antes le había sido infiel a mi mujer. Pero tú... me gustas tanto.

Bromearon. Siguieron charlando, aún unidos, aún con el pene dentro de ella, hasta que Sara empezó a jugar, a apretarlo con fuerza con los músculos de su vagina. Entonces él tuvo una erección, violenta y poderosa, como si se hubiera convertido de repente en una ardiente barra de hierro, y ella apenas necesitó moverse para sentir cómo el orgasmo llegaba, sin avisar. Él siguió moviéndose dentro de ella hasta que también tuvo su orgasmo, esta vez tardó más, pero Sara ya estaba satisfecha.

Había pasado mucho tiempo. Más de dos horas que habían volado entre ellos. Jens le pidió quedarse a pasar la

noche con ella, pero Sara se negó. Necesitaba procesar en su mente lo que había ocurrido.

Ya vestido, Jens insistía:

—No me quiero ir. Mañana ya no voy a verte.

Era cierto, su vuelo salía a primera hora de la mañana, y ya estaría lejos cuando el resto se reuniese a desayunar y despedirse oficialmente. Sara se negó y él, a modo de despedida, mientras ella permanecía aún tumbada de lado en la cama, sujetó un pecho con su mano y besó el pezón, humedeciéndolo primero con los labios y luego dibujando círculos a su alrededor con la lengua hasta que, sin necesidad de masturbarse, Sara tuvo otro orgasmo. Nunca le había ocurrido eso antes. Le miraba con la respiración entrecortada mientras él le lanzaba ya un beso desde la puerta, abría con cuidado, miraba fuera y se iba, sigilosamente.

Al día siguiente, Sara recibió en su dirección de correo electrónico un mensaje de él. Cuando lo abrió, sólo contenía un link a una canción, de James Blunt, *You are beautiful*. La escuchó un millón de veces, con los cascos, en el avión de vuelta. Sólo respondió con un «Gracias...» y un corazón.

Siguieron escribiéndose a diario, a veces chateando a través de internet, o hablando por teléfono. Ambos estaban confusos y se sentían unidos al otro por una corriente de afecto y de sexualidad incontrolable. Decidieron volver a verse en cuanto pudieran.

Tres meses después surgió la oportunidad. Sara fue convocada a un curso de una semana de duración en Italia sobre la filosofía de la empresa, sus valores y todas esas cosas, y él se ofreció al jefe del departamento internacional para tomar parte e impartir y coordinar varios de los seminarios.

Durante el día disimulaban. Ya no estaban juntos a todas horas, sino que alternaban los ratos en los que se sentaban en los mismos grupos y los ratos en los que cada uno iba por su lado, con la mente puesta siempre en la noche.

Sara se derretía viendo cómo él buscaba el mejor momento, aquel en el que nadie les miraba, para recorrerla con los ojos, desde las altísimas botas de ante negro por encima de la rodilla, que le volvían loco, subiendo por sus muslos y su

minifalda, por su pecho ajustado en un sensual jersey. Ella sabía que quizás se estuviese extralimitando con el vestuario en aquella ocasión, pero quería gustarle y asegurarse de que su mente estuviera centrada en lo que pasaría por la noche, pensarán lo que pensarán los demás.

Y cuando la hora llegaba, Sara le esperaba en su habitación, con el móvil cerca para recibir el «Abre la puerta» y dejarle entrar, sigiloso, siempre temiendo que algún compañero saliera de su habitación en aquel preciso momento y le sorprendiese.

Le confesó que jamás se había acostado con otra mujer que no fuera su esposa. Y que con ella apenas hacía el amor, como mucho una vez al mes o cada dos meses.

—Pero no es como esto — decía—: Nunca dura más de diez minutos.

Sara le envió una mañana durante una de las reuniones una canción de Catpeople, uno de sus grupos españoles favoritos. La canción se llamaba *In silence*. Jens la puso de sonido de llamadas en su móvil, y cada vez que sonaba les recorría a los dos el calambre del deseo, esperando a la noche.

Y en cada una de ellas inventaban un juego diferente. Jens era literalmente un niño pobre con juguetes nuevos. No le dejaba en ningún momento quitarse las botas. Completamente desnuda, sólo las botas y su piel, tumbada abierta de piernas para permitirle hacer lo que quisiera, cualquier cosa, para dejarle jugar. Sentía su pene dentro de ella como un cuchillo afilado y no podía gritar, por miedo a ser escuchada. Gemía con la boca pegada a su cuello, o con la cara en la almohada, muriéndose por dentro. Mientras él descansaba, mientras esperaba a que el amigo que tenía entre las piernas se recuperase, a veces le metía cosas por la vagina. Eso la volvía loca. Sara había llevado velas en la maleta, unas velas preciosas largas y rojas, redondeadas, que no imaginó al comprarlas que no estarían destinadas sólo a iluminar y dar un toque romántico a la habitación. A veces le metía una de las velas, con cuidado, y la miraba a la cara, observaba sus reacciones, la estudiaba. Introducía la vela suavemente, la giraba dentro de ella, y la metía y la sacaba como si de su propio pene se tratara.

Otro día trajo un plátano. Cuando Sara vio durante la cena como elegía uno perfecto, recto y limpio, como de plástico, y se lo metía en el bolsillo de la chaqueta disimuladamente, mientras la enviaba durante un segundo una mirada lasciva, sintió que se humedecía de repente y que no podría esperar a la noche. Como había imaginado, el plátano le estaba destinado, en su posición favorita. Con las botas y abierta, dejándole jugar. Se lo metió del todo, bien adentro durante un largo rato, mientras que ella destilaba almíbar sin cesar. Para su sorpresa, abrió el trocito de piel que quedaba fuera, mostrando la pulpa jugosa y allí mismo, con la cara entre sus piernas, empezó a comérselo. Cada vez lo sacaba un poquito mas, abría la piel, metía la cabeza entre sus muslos y mordía, mientras recogía con los dedos el jugo que salía de ella.

Jugaba con su clítoris, probaba constantemente cómo darle más placer, y la observaba. Una vez utilizó su propio móvil, haciéndolo vibrar constantemente, hasta que Sara tuvo que suplicarle que parara.

Uno de los días, con la vulva dolorida, le pidió descanso. Sólo unos minutos, le dijo que notaba cómo ardía, como si tuviera fiebre, solo ahí. Él la miró serio, le dijo que le tomaría la temperatura, que era el médico de la empresa, con el termómetro de su dedo en su abertura. Ella gimió.

—Aquí no ocurre nada, dijo en un susurro en su oído. —Se lo está inventando, señorita, para no tener que trabajar, y esta empresa es muy seria. Como no quiero despedirla, la tendré que castigar. Ahora verá lo que les pasa a las empleadas perezosas.

Y, con la mano abierta, le dio una palmada en la vulva, como un cachete.

Le produjo un dolor delicioso. Le hacía perder el sentido.

—¿Ha aprendido algo, señorita, o necesita más correctivo?

—No, no he aprendido nada, —susurró Sara tomándole la cabeza con las manos.

Le decía «señorita» en español, con un acento que la trastornaba.

Le volvió a golpear, con toda la palma, en los labios enrojecidos, en la abertura doliente de tanta penetración, una

vez, dos veces, tres, mirando como ella se retorció sintiendo un dolor inexplicablemente maravilloso. La cegaba el placer. No podía entender que eso le estuviese gustando tanto.

—¿Ha recapacitado ya, señorita? —Volvió a susurrarle él, mientras la golpeaba de nuevo.

—No, —murmuró. No podía decir más.

—No me deja entonces alternativas —le dijo en la oreja, mientras introducía en ella la punta de su lengua.

Le dio la vuelta y la colocó sobre las manos y las rodillas. Se puso detrás de ella, sujetando sus caderas con la mano izquierda mientras con la derecha buscaba algo en la mesilla. Sara pensó que buscaba de nuevo una de las velas, cuando sintió que introducía muy despacio su dedo índice, empapado en aceite de masaje, en la abertura de su ano. Dio un respingo. No le gustaba. Le daba vergüenza, no quería que él hurgase allí, pero la mandó callar. Introducía el dedo un poco, hacía palanca con él obligando a la delicada piel a extenderse. Introdujo con delicadeza la punta de su pene, muy suavemente. Sara esperaba. Podía notar su excitación mientras su miembro se iba deslizando lentamente dentro de ella. La sensación era extraña.

—¿Has hecho esto alguna vez? —gimió él en su oído, con la respiración entrecortada.

—No —mintió ella.

—Yo tampoco. Oh, Dios —gimió, con la boca entre las ondas de su pelo.

Sara no decía la verdad. Sólo lo había hecho una vez, años antes, en la Universidad, con un compañero del grupo de teatro que le gustaba mucho. Se miraban constantemente, se deseaban con locura, y la tensión entre ellos no podría cortarse ni con una sierra eléctrica. Al final un día comenzaron a besarse, en un aula vacía que habían cerrado con llave. Las hormonas de ambos bailaban salvajes mientras se metían las manos y todos los dedos por dentro de la ropa, levantando camisetas, abriendo pantalones, enloquecidas. Ninguno de los dos esperaba aquello, no tenían a mano ningún preservativo, y no podían ya recolocarse la ropa y salir a buscar la dichosa máquina expendedora, por lo que decidieron hacerlo

por detrás. Era la primera vez en esa postura para ambos, pero extrañamente era lo que más le apetecía a Sara.

La sensación esta vez fue distinta. No sólo porque el miembro de Jens era bastante más grande, sino porque el resto de sus órganos sexuales ardían, literalmente.

Jens le dio unos cuantos azotes en las nalgas, mientras le musitaba en el cuello:

—Así aprenderás —dijo con un susurro salvaje.

Sara en ese momento hubiera deseado estar sola con él, en medio de cualquier campo, donde pudiera gritar libremente, donde pudiera seguir azotándola. Aún no podía creerse que estuviera deseando tanto eso.

Sara gemía, entre placer y dolor, y se aferraba con las manos crispadas a las sábanas. Cuando Jens sintió que el orgasmo llegaba salió de ella, regando con su esperma caliente su ano, su vulva, su clítoris.

Se tumbaron uno al lado del otro, exhaustos. Jens la besó en los labios, y en la frente.

—Ah, no —dijo Sara, que aunque cansada seguía enfebrecida de deseo. —No se crea, caballero que esto se va a quedar así

—¿No? —rio él. — ¿Y qué vas a hacer entonces?

—Tendré que denunciarle —murmuraba mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja y le acariciaba los testículos con la mano—. Diré que has entrado en mi habitación por la fuerza y que me has forzado... muchas veces, que me has desvirgado el culo...

—Horror, no —suspiró Jens mientras intentaba besarla.— ¿Vas a vengarte?

—Por supuesto —dijo Sara, mientras paraba la caricia en los testículos y con la mano abierta les daba de repente un cachete.

Jens no se lo esperaba, se quedó paralizado y gimió de dolor, pero no hizo ningún movimiento. Sara volvió a golpearle, cada vez un poco más fuerte. Él se retorció y gemía, aún sorprendido, pero no intentaba pararla. Ya no era el macho dominante que la había sodomizado unos minutos antes, era un hombre aturdido por un placer que le proporcionaba un dolor insoportable.

Sara no podía parar. La sensación de poder la dominaba. Entendía ahora lo que sentía él cuando jugaban a eso. Sabía por sus ojos cerrados por el placer que se dejaría hacer cualquier cosa, así que quiso probar algo. Con sus dedos impregnados del aceite de masajes se apoyó en él y le obligó a abrir las piernas. Él la dejaba hacer, sorprendido. Dio un respingo cuando fue consciente de que lo que Sara pretendía era hacerle lo que él le había hecho antes. Intentó negarse, pero ella estaba encantada con su nuevo juego y no pensaba dejarlo.

—¡Cállate, objeto sexual! —le dijo, con los labios pegados a los suyos. — Aquí no se hace más que lo que yo diga. Relájate.

Poco a poco le fue introduciendo su dedo en él, que gemía sin parar, hasta que encontró la protuberancia pequeña en su próstata que había leído que era el famoso punto «p». Y comprobó que efectivamente, sí, lo era. Jugaba a presionar ligeramente, a moverse en círculos, y él respondía con gemidos que intentaba ahogar a duras penas, y que le llevaron finalmente a un prolongado orgasmo.

Estaba noqueado. Mantenía la cara detrás de su antebrazo, mientras intentaba recuperar el ritmo normal de su respiración.

—Ahora no sé si soy gay —le oyó decir.

A Sara le dio la risa. Se ahogaba en carcajadas. Le costó unos minutos convencerle de que no era así, que ese miedo atávico que le tienen los heterosexuales a sus nalgas es sólo algo aprendido, y que era ella quien le había dado placer, por lo que no era homosexual. Cuantos más hombres conocía, más extrañas le resultaban sus reacciones.

En los días siguientes siguieron jugando, pero para su pesar, Sara se dio cuenta de que el rol masoquista era el favorito de Jens, ahora que lo había descubierto. Buscaba cualquier oportunidad para ocupar el papel de dominado, para dejar que Sara le pegara, que le hiciera «aquello» que no quería ni nombrar.

La naturaleza de Sara se revelaba, para ella había sido una experiencia divertida, pero no era el centro de sus fantasías sexuales, todo lo contrario. Anhelaba los primeros días en

que él la obligaba a mantener las piernas abiertas durante horas mientras inspeccionaba y la hacía disfrutar. Jens había descubierto su plato favorito de repente y quería más y más ración de ello antes de tener que volver a casa... a comer patatas.

La llamaba *Spanish fly*, porque decía que era el mejor afrodisiaco que se podía encontrar, y ella le llamaba *Sexual object*, de forma que ese se convirtió pronto en su código secreto.

La semana se acabó, y Sara no podía asumir la profundidad del vacío que sintió al pisar su apartamento. Quería achacarlo a la falta de sueño de la semana anterior, pero en realidad lo que le faltaba era Jens.

Echaba de menos su presencia de una manera enfermiza y le producía un dolor terrible en la boca del estómago afrontar una vida sin él. Abrió su correo electrónico y encontró un largo e-mail. Le decía que la amaba, que al entrar en su casa se había dado cuenta de que ese no era su hogar, que su hogar era ella y que se sentía morir de angustia y de pena por perderla. Que era lo mejor de su vida, y que no podía ni mirar a la cara a su mujer. Que no era por vergüenza por lo que había hecho, que era por la rabia que le producía que ella no fuera Sara; que mientras la escribía sólo podía pensar en el tacto de su piel, en su olor, en su forma de reírse, de escucharle y en sus ojos. Se despedía con un «Te quiero, mi pequeña *Spanish fly*, tengo que volver a verte».

Sara le envió un correo, y un enlace a una de sus canciones favoritas, *It's a question of lust*, de Depeche Mode. También le envió el disco de Dover, que escuchaba constantemente, porque él quería saberlo todo de ella, quería ser parte de su música, así que le dijo en qué momentos precisos de cada canción, de cada tromba de guitarra, soñaba con él. No podía apartarle de sus pensamientos, ni un solo segundo.

El invierno avanzó, frío y húmedo. Sara estaba enamorada. Ella era así, romántica y soñadora. Y él parecía estarlo igualmente. Los dos esperaban ansiosos los momentos en que podían escribirse, o hablarse. Jens la llamaba una o dos veces a la semana, desde el coche, o cuando salía del gimnasio. Se tiraban largos ratos de conversación, que tenían que

terminarse a su pesar, para no levantar sospechas. El comenzó a quedarse levantado hasta tarde, y aprovechaban para charrear cuando su mujer ya se había ido a dormir. Sara aguantaba estoicamente hasta que él se conectaba, muerta de sueño a veces, pero no hubiera soportado un día sin saber de él. Sin saber que estaba bien, que la tenía en su mente, que le había buscado canciones para enviarle, y que se masturbaba pensando en ella, siempre.

Jens le pedía que le contara cosas, que le contara cualquier cosa de su pasado, quería saberlo todo. Le pidió que le contara cómo fueron sus primeras experiencias sexuales. Una tarde, Sara accedió, y le contó una historia:

No se inició en el sexo propiamente dicho hasta los veinte años. Antes de eso, sus relaciones amorosas con sus parejas no pasaban de besos, abrazos y caricias profundas en cualquier rincón: un coche, un bosque, o la tapia de un colegio. No fue hasta llegar a Holanda, con una de las becas Erasmus que tanto bien han hecho al conocimiento íntimo entre los europeos, que perdió más o menos su virginidad.

El chico se llamaba Stefan, y Sara pensó al verle que jamás había visto un hombre tan guapo. Le recordaba al protagonista de *El lago azul* y se le puso un nudo en la garganta desde el mismo momento en que él la abordó. A Sara le gustaban los hombres así, directos, seguros de sí mismos o que al menos lo pareciesen. De los que pasan sin preguntar pero saben retirarse con dignidad si no son bien recibidos. Y Stefan lo fue, sin ningún lugar a dudas.

Amsterdam la tenía fascinada. Por primera vez era libre, vivía fuera de la casa paterna, no daba explicaciones a nadie de si entraba o salía, y estaba disfrutando de cada momento como cuando sabes que has recibido un regalo precioso que tienes que disfrutar, apurar hasta agotarlo. Le parecía estar viviendo dentro de un cuento, el del flautista de Hamelin, y que había entrado en la gruta junto al resto de los niños, para aparecer en otra dimensión, una ciudad medieval, húmeda y llena de vida.

Se alojaba en una residencia de estudiantes, sucia y mal acondicionada, oscura y llena de sofás por todas partes, en

la que se organizaban fiestas en cualquier momento, y donde flotaba el aroma dulzón de la marihuana y el tabaco de liar.

Stefan la invitó a su casa el mismo día que se conocieron bailando en un pub, lo cual era habitual, ya que todo el mundo vivía solo o en piso compartido desde los dieciocho años. Le habló de Maastricht, su ciudad, y de los carnavales que se celebrarían allí durante el siguiente fin de semana. También invitó a Marta, la amiga española de Sara. Su educación la hubiera impedido acudir a esa cita sola, con un desconocido y en una ciudad remota en un país recién descubierto. Su educación y un sentimiento mínimo de prudencia que acabó perdiendo con los años.

Cuando llegaron a Maastricht las dos chicas, él las estaba esperando en la estación de tren. A Sara le comenzó a correr desbocado el corazón, porque era aún más guapo de lo que le recordaba. Ella temía que el exceso de cerveza le hubiera jugado una mala pasada días atrás y que no resultase ser como la imagen que guardaba en su cabeza, pero era mucho mejor. Altísimo, rubio, con unos irónicos ojos azules, los labios mullidos y llenos que ya había probado, y un aire de poeta bohemio que la clavó en el sitio y que no le dejó casi ni hablar en todo el trayecto hasta la tienda a la que las llevó a que comprasen algo, ya que no se podía creer que hubiesen llegado sin disfraz. Todo el mundo estaba transformado. Por todas partes había diablos, monjas, gallinas, reyes, en una fiesta bulliciosa en la que sonaba por todas partes la música y corría la cerveza a litros.

Esa noche conocieron a los amigos de Stefan, a los que Sara ni recordaba. Eran el grupo de hombres más guapos que ellas hubieran visto jamás junto, además de simpáticos y divertidos. Todos se habían disfrazado de húsares con unas casacas rojas ajustadas y unas pelucas morenas despeinadas y largas que les daban un aire alegremente fantasmal. Sara no podía dejar de mirarle y de pensar que todo era una ilusión, que llegadas las doce de la noche ese hombre desaparecería junto con sus bellos amigos, sus casacas, su casa del siglo pasado de dos plantas y su ciudad de cuento.

La noche fue frenética. Las calles del centro estaban abarrotadas de gente, todo era color, música, risas. Bebieron y bailaron durante horas. Marta ya se había perdido junto con uno de los amigos de Stefan y no volvió hasta el día siguiente.

Sara se sentía eufórica, Stefan no se despegaba de ella, le besaba los labios, la nuca y los ojos constantemente, le acariciaba la cintura, cada vez se sentía más liviana. Encendía un cigarrillo de marihuana tras otro y Sara aspiraba del canuto, o directamente de su boca. En una de las esquinas de la plaza en la que se encontraban una banda comenzó a tocar ritmos brasileños. Al golpe de los tambores Sara se sintió libre, como nunca. Comenzó a bailar moviendo las caderas de forma provocativa, era consciente de que todo el mundo la miraba. Stefan no le quitaba los ojos de encima y no la soltaba. Comenzaron a frotarse el uno contra el otro bailando, pegados como dos imanes hasta que el mundo entero desapareció y Stefan le susurró un «vámonos a casa».

La marihuana y la cerveza estaban haciendo su efecto a marchas forzadas, y Sara no podía dejar de reírse durante todo el camino y de tropezarse con todo, por lo que Stefan decidió que lo más sensato sería cargarla a horcajadas, de frente a él, las piernas de ella abrazando sus caderas, lo que le provocaba a ella un nivel de excitación inimaginable.

Al llegar a la verja de la casa, Stefan paró y le apoyó la espalda contra las barras de hierro para poder besarla sin caerse. No parecía cansado. Ella le acariciaba los rizos rubios y se los enredaba entre los dedos mientras las manos de él subían y bajaban por sus nalgas.

Cuando entraron en casa llegaron al salón, donde dormía él, ya que la casa era compartida, y extendió un colchón en el suelo. Sara se tumbó vestida, con los vaqueros y la camiseta puestos. De repente el silencio de la casa, el sonido atronador de la música haciendo eco en sus oídos, el sentimiento de inseguridad hacia su propio cuerpo, le paralizaron a la espera de ver qué hacía él. Stefan se quitó la ropa, dejando sólo la interior, se tumbó a su lado y la atrajo hacia sí, abrazándola muy fuerte con los brazos y las piernas. Metió la cabeza entre su largo pelo castaño y se durmió.

Sara no lograba conciliar el sueño. Estaba excitada y nerviosa y no quería moverse para no despertarle. Cuando ya no pudo aguantar más ni la postura ni el calor se desprendió de su abrazo lentamente y se quitó el vaquero y la camiseta. Volvió a tumbarse, muy pegada a su nuevo amigo, que volvía a abrazarla.

Debió de quedarse dormida en algún momento, porque la despertó él, que se incorporaba a su lado con una toalla en la mano.

—¿No te duchas? —le preguntó.

Ella estaba confusa y como sonámbula, se levantó y le siguió por el larguísimo pasillo de la casa hasta el baño. Los efectos de la hierba y la cerveza seguían ahí, y ella se sintió nuevamente torpe e insegura al entrar desnuda en la ducha. Stefan comenzó a lavarse bajo los chorros de agua templada mientras ella le observaba y luego comenzó a lavarla a ella. Suavemente, con las manos llenas de gel que pasaba por sus hombros, por sus senos pequeños, por su cadera y su vientre, hasta llegar a su sexo. Volvió a llenarse la mano de jabón, que olía a lavanda, y le frotó abajo con la mano abierta, hacia adelante y hacia atrás, abriendo los labios con los dedos y deslizándolos por la abertura, sin detenerse en ningún punto más de un segundo.

Sara estaba loca de excitación pero aún paralizada y sin atreverse casi a tocarle. Comenzaron a besarse mientras seguían empapándose hasta que él decidió que era el momento de volver al cuarto. Le siguió cogida de su mano, envuelta en la toalla enorme que le había dado. Se volvió a tumbar en el colchón con el corazón latiendo a mil por hora, se sentía inexperta y temblaba como una hoja contra el viento.

Stefan la besaba por todas partes, la iba recorriendo entera mientras ella gemía suavemente, acariciándole los hombros. Entonces él llegó a sus piernas, las separó y comenzó a besar su abertura, entre el vello púbico, separando con las puntas de los dedos y buscando el clítoris. Al encontrarlo Sara no pudo evitar soltar un grito. Había sentido una descarga eléctrica que le había recorrido el cuerpo entero. Los dedos dejaron paso a los labios, que empezaron a besar suavemente,

a la lengua que lamía sin cesar. Con cada roce Sara lanzaba un grito de puro placer. Recordaba vagamente que en el piso superior vivían los dueños de la casa, una pareja de ancianos impedidos a los que posiblemente no estaba dejando dormir, pero no podía evitarlo. Cada beso, cada succión, y cada roce le hacían entrar en éxtasis y no le importaba nada más.

Sara sintió que pasaban horas en aquella postura, con las piernas abiertas y él entre ellas, bebiendo de ella, pero hubiera podido pasar así toda la vida.

El apenas dejaba que le tocara, y ella no se atrevía a intentarlo. Temía que sus caricias no fueran bien recibidas, no sabía lo que más les gustaba a los hombres y suponía que eso era lo correcto, que él sabía lo que quería y que ya le indicaría cómo actuar. Se sentía de cualquier forma demasiado pesada, gozando sin parar, centrada en las descargas que él le provocaba con su boca.

Volvieron a dormirse, abrazados, y cuando despertaron ya era la hora de salir corriendo hacia el tren de vuelta.

Sara mantuvo aquella relación durante el curso entero y nunca le fue infiel, ni se le pasó por la cabeza ya que la tenía ocupada en acordarse de él en cada instante. A veces le llamaba, cuando sabía que no estaba, ya que viajaba mucho, sólo para oír su voz al otro lado en el contestador, diciendo que no estaba, que dejase un mensaje al oír la señal y sólo eso ya le removía el corazón y la dejaba húmeda y rogando que el tiempo pasase pronto para volver a verle.

Siguieron viéndose regularmente, cada tres semanas más o menos y en todos los encuentros él la bañaba, la tumbaba y bajaba a trabajar su sexo durante horas, mientras ella gritaba y se retorció. No le dejaba apenas que le tocara. Alguna vez ella intentó hacerle lo mismo que él le hacía, pero en realidad no sabía cómo, y él acababa retirándola suavemente y dirigiendo los juegos.

Una noche, habían estado en la buhardilla de uno de sus amigos. Los cinco chicos, y ella. Fumaron marihuana y bebieron, y en la televisión sonaba la película de *The Doors*. Sara se quedó dormida sobre las piernas de Stefan, rodeada de los hombres más bellos del mundo y drogada. Se le

cerraban los ojos y en el fondo de sus oídos se mezclaba la incomprensible y queda charla de ellos con la sensual voz de Jim Morrison cantando *Light my fire*. Cuando volvió a ser consciente Stefan volvía a llevarla cargada como el primer día, las piernas de ella rodeando sus caderas.

Ya era casi de día y Sara no podía soportar más el ardor que sentía dentro de sus entrañas. Su lengua la había enardecido de tal forma que le suplicó que la follase. Él no quería. Ella era virgen y le daba vergüenza reconocerlo, pero había decidido que aquél era el momento, y aquél el hombre, por lo que no pensaba levantarse del colchón sin haberle sentido por completo. De mala gana él se levantó y buscó un preservativo. Se tumbó sobre ella, directamente, e intentó penetrarla. No era posible. Él sólo murmuraba:

—¿Ves? No se puede.

Sara no entendía nada. No entendía que él no lo desease tanto como ella. Era el chico más extraño que había conocido jamás. Al final, tras varios empujones, por fin la penetró. Sara sintió dolor, y nada más que dolor. En ese momento llamaron a la puerta.

—Mi hermano —dijo—. Habíamos quedado ahora.

Y se levantó a abrir.

Ella se envolvió con la toalla y permaneció sentada en el suelo, desolada. Se miró entre las piernas y encontró bastante sangre. Le dieron ganas de llorar, ojalá hubiera alguien a quien preguntarle si aquello era lo normal, si estaba sangrando demasiado o no, o por qué todo había salido así de mal.

No volvieron jamás a hablar sobre ese tema. Sara no se atrevía a preguntarle por su negativa a tener una relación sexual completa y pensaba que él ni siquiera debió de darse cuenta de que para ella era la primera vez y que no le hubiese importado, de cualquier manera.

Después de aquello siguieron viéndose a menudo, aunque nunca lo volvieron a intentar y para ella nada era lo mismo. Ella sentía cómo lentamente estaba dejando de quererle. Ya no soportaba la afición de él por fumar hierba. Lo hacía tan a menudo que a veces no quería ni besarle.

La beca de Sara terminó y volvió a España. Como coincidió con uno de los viajes de Stefan no hubo despedidas de casi ningún tipo.

Se llamaban, se escribían, cada vez más de cuando en cuando. Descubrió, estudiándose a sí misma, que lo que había sentido por Stefan no era amor, aunque ella al principio lo pensara. Sara no le había querido a él. Hubiera querido ser él, lo cual era muy diferente.

Había envidiado su libertad, su independencia absoluta, su ir y venir sin rendir cuentas a nadie y también su capacidad de desapego. Sara sabía que eso lo tendría más difícil; ella enseguida se enamoraba. Se encariñaba de cualquiera, hasta de las malas hierbas de los tiestos. Le daba pena arrancarlas, pero todo era ponerse.

El mundo se había abierto para ella y de hecho, ya empezaba a tenerle una querencia especial al hermano de su amiga Eva, por lo que el día que Stefan le escribió diciendo que pasaría el verano por España con sus amigos, recorriendo ciudades... Sara contestó con un alegre: «Anda, qué bien, pues que tengáis un buen viaje».

Jens había escuchado la historia entera con concentración. Le había excitado mucho, le gustaba todo lo que ella contaba. Ojalá hubiera sido él aquel chico, le decía, se hubiera comportado de otra forma, ojalá se hubieran conocido antes. Él no tenía historias que narrar.

Ni siquiera había preguntado si todo era cierto o no, y Sara no le dio detalles. Al fin y al cabo toda narración es un misterio que habita sólo en la mente del que lo cuenta. La verdad y la mentira sólo están guardadas ahí, y pasado el tiempo, con los cajones de recuerdos y de invenciones ya mezclados y en perfecto desorden... quién sabe a qué apartado pertenecía cada imagen.

A Jens, que no podía crear, le gustaba especialmente recordar las cosas que habían hecho y aquellas que aún les gustaría experimentar. Quería probar a hacerlo en un coche.

Una vez le contó el suplicio que le suponía tener que fingir con su mujer, cuando hacían el amor, hacía unas horas de

hecho, sobre todo porque no podía demostrar lo que había aprendido. Todo debía parecer igual que siempre. A Sara le dolió profundamente oírlo. Por supuesto que no olvidaba su estado civil, pero no podía imaginarle acostándose con su mujer. Ni siquiera tratándose de esa mujer en concreto. Le había enseñado una foto de ella, alejada y con demasiada luz, en ropa de trabajar en el jardín, y parecía aviejada, descuidada y poco agraciada. Se lo dijo, que no esperaba que le fuese a guardar fidelidad, desde luego no con su propia esposa, pero que tampoco quería conocer detalles y que pensaba que ella no le gustaba.

—Bueno... —respondió él haciendo una pausa—: es mi mujer, ¿no? El sexo no es igual que contigo, pero ella también me gusta.

Sin embargo, Sara sólo pensaba en él. Había dejado de salir algunos días con sus amigas sólo por esperar su llamada, o el momento de la noche en el que él se pudiese conectar, sin saber nunca cuándo ocurriría, lo cual era desesperante. También le molestaba esa costumbre suya de usar el plural para cualquier detalle absurdo de su vida. Todo era «nosotros vamos» «nosotros tenemos invitados a cenar», «nuestra casa», «nuestro perro», «nuestro hijo»... Sara se sabía de memoria la vida y milagros del muchacho, de diecinueve años y bastante pazguato por lo que contaba su padre. Parecía que a los ojos de Jens lo mejor que tenía el chico eran sus amigas de la universidad. También conocía de memoria las andanzas de su esposa, a la que Sara había bautizado como la Momia. Por lo que él le contaba, ella le odiaba. De cara a la galería todo parecía perfecto y ordenado, pero cuando las puertas de la casa se cerraban, se desataba el infierno en la tierra.

A veces, hacían el amor por internet. Ninguno de los dos lo había hecho antes. A Sara le excitaban tanto esas conversaciones, que hasta los dedos se le estremecían al escribir. Todo su cuerpo era un temblor, las manos se electrizaban sobre el teclado y sentía oleadas de placer con cada palabra que leía, sobre todo cuando él, a punto de tener un orgasmo, le decía: «Abre la boca». A Sara le recordaba la fiebre que le invadía con

cada «abre la puerta» que él le había escrito en sus encuentros. Siempre terminaba él antes, ella necesitaba despedirse, soltar el ordenador y masturbarse, recordando todas las frases hasta que le llegaba un clímax que le duraba muchos minutos, y que aparecía de nuevo súbitamente cuando recordaba esos momentos, estuviera donde estuviera.

Sara se había enamorado y creía ser correspondida. Intentaba ser comprensiva, no mostrarse impaciente ni desesperarse por la situación en la que se encontraban, que se alargaba más y más en el tiempo, y en el que se sucedieron un par de nuevos encuentros, en diferentes ciudades de Europa.

Durante los primeros meses él le hablaba de divorcio, de las muchas vueltas que le estaba dando y de todas las noches que pasaba en vela intentando encontrar las fuerzas para dar el paso, pero poco a poco dejó de hacerlo.

Cuando Sara le interrogaba entonces tímidamente al respecto, él se escabullía. Hablaba de la casa, de lo que le costaría dejarla, de su grupo de amigos del club de ajedrez, de la distancia con su hijo. Sara le recordaba que en ningún momento ella le había pedido que se cambiase incluso de país, que había muchas formas de enfocar una relación, pero que sí necesitaba que él fuera libre, que pudieran entrar y salir, y hablarse de forma que no fuera a escondidas, como ladrones siempre.

Entonces él habló directamente de dinero. De que tendría que dejarle la casa a su mujer, de los cálculos que había hecho, de los miles de euros que le costaría una separación, de las largas noches del invierno alemán...

Sara poco a poco fue abriendo los ojos. Empezó a ser consciente de que tal vez, sólo tal vez, él la estuviera engañando y se estuviera engañando a sí mismo. Que su esposa no fuera la bruja que él pintaba, o que si eran infelices, probablemente no toda la culpa fuera de ella. Que su vida, la de él, no era tan tediosa, ni tan horrible, como la describía, cuando evidentemente no era capaz de dejarla. Y también, por supuesto, que en realidad él no la quería. Que quería más a la otra, aunque no se mereciese de verdad a ninguna de las dos.

Cuando Sara le preguntó así, abiertamente, Jens confesó. No, no quería dejar a su mujer. No, su vida no era tan mala en el fondo. Claro que quería a Sara, la adoraba, de hecho ¿Qué era lo que había cambiado? ¿Por qué no podían ser amantes? ¿Por qué él no podía mantener a la vez esposa y amante, como tantos de sus amigos?... Sara no podía creer lo que oía, y el velo se cayó de sus ojos, mostrándole la realidad.

Le contó que había conocido a un chico, David, que le gustaba mucho. Jens se mostraba celoso, al principio no quería oírlo. Después quería saber qué era lo que ella estaba haciendo, con la esperanza de que nada hubiera cambiado realmente, pero le desesperaba conocer la verdad. Luego fue admitiendo esa nueva presencia como parte del juego, como pieza integrante de la historia. Sólo buscaba dónde encajarlo.

Aunque la relación con David fuera imperfecta, le sirvió a Sara de baño caliente en día nevado. Olvidar a Jens comenzó a ser más fácil. Utilizó como culminación de su particular terapia el recuerdo constante de sus peores momentos, las conversaciones en las que él comentaba emocionado que venía a casa tal o cual amiga de su hijo, rozando sin disimulo la fina frontera de un interés que a ella le repugnaba.

Se forzó, aunque se le partía el corazón, a recordar las veces que ella le había creído, cuando hablaba de dejar un hogar que era una cárcel, de una vida que era una constante angustia. Releía una y otra vez los larguísimos correos que le escribía, y los chats, en los que le decía que la amaba y le imploraba que tuviera paciencia, que sólo ella le daba fuerzas para continuar, donde le contaba sus sueños, donde le hablaba de su deseo por ella, de cómo nadie le había tocado ni acariciado como ella lo hacía...

Y luego ponía en paralelo, como en una pantalla grande en su mente la realidad, y él se iba convirtiendo a sus ojos en un niño cobarde, pequeñito y egoísta..., hasta que todo el sentimiento amoroso desapareció, y alrededor de Sara no quedó más que un cielo azul, y un día limpio.

Una noche le envió un e-mail, despidiéndose, ya que no podía llamarle por si no estaba solo. Dio por zanjada aquella

relación y cerró definitivamente su puerta. Al día siguiente, en su buzón había un correo sin nada escrito, y que sólo contenía una canción: *Good bye my lover*, de James Blunt. Sara la grabó en su móvil, y de vez en cuando la escuchaba. Le hacía bien.